

JUAN 1,35-51

TEXTO

³⁵Al día siguiente, Juan estaba de nuevo [allí] y dos de sus discípulos ³⁶y, al ver a **Jesús** pasar por allí dice: “¡He aquí **el Cordero de Dios!**”.

³⁷Y sus dos discípulos le oyeron decir [esto] y siguieron a **Jesús**.

³⁸Pero, volviéndose **Jesús** y viéndolos seguirle, les dice: “¿Qué buscáis?”.

Pero ellos le dijeron: “**Rabbi**” (que significa **maestro**), “¿dónde vives [lit.: permaneces]?”.

³⁹Les dice: “Venid y veréis”.

Así que fueron y vieron dónde vivía [lit.: permanecía] y permanecieron junto a él aquel día.

Eran como las cuatro de la tarde.

⁴⁰Era **Andrés**, el hermano de **Simón Pedro**, uno de los dos que habían escuchado lo de Juan y lo habían seguido [a Jesús].

⁴¹Éste encontró primero a su propio hermano **Simón** y le dice: “Hemos encontrado al **Mesías** (que significa **Cristo, Ungido**)”.

⁴²Le condujo [a Simón] hasta **Jesús**. Mirándole, **Jesús** dijo: “Tú eres **Simón**, el hijo de Juan; tú serás llamado **Cefas** (que significa **Pedro**)”.

⁴³Al día siguiente, decidió salir hacia **Galilea** y encuentra a **Felipe** y le dice **Jesús**: “Sígueme”.

⁴⁴Pero **Felipe** era de **Betsaida**, de la ciudad de **Andrés** y **Pedro**.

⁴⁵**Felipe** encuentra a **Natanael** y le dice: “A aquel sobre quien escribieron Moisés en la ley y los profetas hemos encontrado, a **Jesús**, hijo de José, el de **Nazaret**”.

⁴⁶Y le dijo **Natanael**: “¿De **Nazaret** puede ser algo bueno?”.

Le dice **Felipe**: “Ven y verás”.

⁴⁷**Vio Jesús** a **Natanael** viniendo hacia él y dice sobre él: “¡He aquí verdaderamente un israelita en quien no hay engaño!”.

⁴⁸Le dice **Natanael**: “¿De qué me conoces?”.

Respondió **Jesús** y le dijo: “Te vi bajo la higuera antes de que **Felipe** te llamara”.

⁴⁹Le respondió **Natanael**: “**Rabbi**, ¡tú eres **el Hijo de Dios!** ¡Tú eres **el rey de Israel!**”.

⁵⁰Respondió **Jesús** y le dijo: “¿Crees porque te dije que te había visto bajo la higuera? Verás cosas más grandes que éstas”. ⁵¹Y le dice: “En verdad, en verdad os digo que veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre **el Hijo del hombre**”.

COMENTARIO

Tercer día: 1,35-42

.- Al iniciarse el siguiente día se presenta a otro grupo de personajes: dos discípulos del Bautista. Juan «está» con ellos (v. 35). Jesús permanece a cierta distancia, pero está en movimiento, camina. El Bautista señala a Jesús y repite a sus discípulos el testimonio de las palabras proclamadas en los vv. 29-34: «He aquí el Cordero de Dios» (v. 36). La respuesta inicial de los discípulos es alentadora. Responden al testimonio del Bautista dejando su posición estática (cf. v. 35) para convertirse en «seguidores» de Jesús (v. 37). Se produce un movimiento que se aparta del Bautista y se dirige hacia Jesús.

El movimiento prosigue al romper Jesús su propio movimiento para «volverse» y «mirar» a quienes lo seguían. Les hace una pregunta que hace alusión a una respuesta a las cuestiones suscitadas por el prólogo y el relato hasta ahora: «¿Qué buscáis?» (v. 38a). La respuesta de los primeros seguidores es decepcionante. Utilizan un término respetuoso, «Rabí», que posteriormente explicará el narrador, subrayando así el hecho de que los seguidores no han comprendido la revelación dada por Juan sobre Jesús como el Cordero de Dios (cf. v. 36). Rabí significa «maestro». A partir de esta forma de entender a Jesús, hacen una pregunta legítima. Al igual que todos los rabinos judíos, Jesús debe tener un lugar donde congrega a sus discípulos para enseñarles. Es esta comprensión sobre Jesús la que origina su pregunta, «¿Dónde vives?» (v. 38b). Su respuesta es limitada y precipitada, sobre todo tras los vv. 29-34 y las palabras que el Bautista dirige a sus discípulos en el v. 36.

.- Los discípulos responden posteriormente a la invitación de Jesús, «venid y veréis». Lo acompañan, ven dónde vivía y se quedan con él desde las cuatro de la tarde hasta el final del día (v. 39). Deberíamos tomar estos detalles en su sentido literal. Nada se nos dice de lo que se compartió y no hay indicios que nos lleven a realizar una lectura simbólica de la invitación de Jesús y del tiempo que pasaron con él. Sin embargo, la escena se ha montado para presentar la respuesta de estos primeros discípulos, uno de los cuales es explícitamente nombrado como Andrés, el hermano de Simón Pedro. No se identifica al segundo discípulo. Andrés informa a su hermano Simón, «Hemos encontrado al Mesías», y -al igual que en el anterior reconocimiento de Jesús como «Rabí»- el narrador añade un comentario para explicar que la expresión significa «el Ungido, el Cristo». A pesar de lo extraordinaria que pudiera parecer la afirmación de haber encontrado al Mesías, no cumple con las exigencias del reconocimiento correcto de Jesús tal como se ha descrito en el prólogo (vv. 1-18) y en el testimonio del Bautista durante el segundo día de preparación para el don de la gloria (vv. 29-34).

La afirmación es cierta, pero ¿comprende Andrés el estatus mesiánico de Jesús de forma satisfactoria? Hay indicios de que no es así. Andrés había dicho a Simón «hemos encontrado» y esto no es cierto (v. 41). El Bautista señaló a sus discípulos la presencia de Jesús y ellos lo siguieron (vv. 36-37). Jesús los invitó para que fueran y vieran, e hicieron lo que se les había dicho (v. 39). La iniciativa para estar con Jesús y comprenderlo no les pertenece. Se ha contado, por tanto, una mentira; un dato que será posteriormente subrayado mediante las palabras que Jesús dirige a Simón. Cuando Andrés llevó a Simón hasta Jesús, éste se le quedó mirando y le habló. *Jesús es quien toma totalmente la iniciativa*. Le dice a Simón su identidad, su procedencia (hijo de Juan) y quién será en el futuro (Cefas). De nuevo, el narrador añade un comentario indicando un futuro que el lector del evangelio puede saber que se ha verificado: aquel que una vez se llamó Simón, hijo de Juan, se convertiría en Cefas, Pedro.

Las palabras dirigidas a Simón indican a los discípulos que para comprender más adecuadamente a Jesús hace falta mucho más que hallar en este rabí el cumplimiento de sus expectativas mesiánicas.

Cuarto día: 1,43-51

.- El primero de los tres días dedicados a una preparación intensiva para el don de la gloria, de la *doxa* tiene su propia entidad. Como indican las primeras palabras, Jesús se encontrará en el centro de la acción. Decidió partir para Galilea, encontró a Felipe y le dice: «Sígueme». Este discípulo sigue a Jesús porque Jesús lo llama. Felipe, como también Andrés y Pedro (cf. Mc 1,16-20; Lc 5,1-11), es de Betsaida de Galilea. Este grupo de discípulos viaja hacia Galilea. Felipe comunica su forma de entender a Jesús a otro potencial discípulo, Natanael, pero repite la mentira de Andrés: «Hemos encontrado...». La única persona a quien encontró Felipe fue Natanael (v. 45a), pero él fue encontrado y llamado por Jesús. De nuevo se expresan las

esperanzas tradicionales en la descripción que Felipe hace de Jesús como «aquel sobre quien escribieron Moisés, en la Ley, y también los profetas» (v. 45b).

Como ocurre en la confesión de Andrés (cf. v. 41), en cierto sentido estas palabras son verdaderas, pero Felipe, como Andrés, no entiende plenamente su significado joánico. Describe a Jesús como «Jesús de Nazaret, hijo de José» (v. 45c), pero Jesús es el Hijo de Dios, el Cordero de Dios. No puede entenderse como alguien que es «de Nazaret» ni como hijo «de José». En efecto, tal vez citando un refrán de aquella época, la pregunta de Natanael remite exactamente a esa debilidad en la comprensión de Jesús: «¿Puede algo bueno ser de Nazaret?» (v. 46a). Hay aquí *una profunda ironía*. La Iglesia primitiva reconoció que Jesús procedía «de Nazaret», pero el relato joánico insiste en que el creyente mira más allá de sus orígenes históricos. En esta perspectiva, Natanael plantea una buena pregunta.

Sin embargo, el bien supremo es aquél a quien la tradición cristiana conoce como «Jesús de Nazaret». No obstante, el error de Felipe, que intenta comprender a Jesús con las categorías de su procedencia física y geográfica (cf. v. 45: «de José», «de Nazaret»), persiste. Felipe repite la invitación anterior de Jesús a los primeros discípulos al pedir a Natanael que fuera y viera (v. 46b; cf. v. 39).

.- Natanael no se hace creyente al ver a Jesús; Jesús lo ha visto primero. Jesús lo saluda diciendo que es un israelita sin astucia (cf. Sal 32,2; Is 53,9), a diferencia del astuto Jacob (cf. Gn 27,35-36) (v. 47). Natanael, que omite todo saludo honorífico o respetuoso, pregunta directamente a Jesús de qué lo conoce. La cuestión de los orígenes sigue estando presente: ¿cuáles son los orígenes del conocimiento de Jesús? Jesús le dice que lo había visto bajo la higuera antes de que Felipe lo llamara (v. 48).

Se ha especulado muchísimo sobre la imagen de la higuera: la comodidad de la casa (cf. 1Re 4,25; Miq 4,4; Zac 3,10), la dedicación de Natanael al estudio de la Ley, y la higuera como símbolo del bien y del mal. Algunos de estos aspectos podrían estar involucrados en la utilización de la imagen, pero este asunto no debe distraernos del objetivo principal del pasaje: Jesús ha mostrado un conocimiento de las cosas que lo caracteriza como un hacedor de milagros. Esto hace que Natanael salude a Jesús en los siguientes términos: «Rabbí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel» (v. 49).

Estas palabras constituyen un clímax en la serie de confesiones sobre Jesús que arranca con los primeros discípulos (cf. vv. 41-45), pero, como aquellas, no dan en el blanco. Los términos que Natanael utiliza para dirigirse a Jesús pueden entenderse como expresiones de la esperanza mesiánica del siglo I. Se adhiere a los primeros discípulos al dirigirse a Jesús como «Rabbí» (cf. v. 38). El título «rey de Israel» está relacionado con las tradiciones mesiánicas davídicas y la expresión «Hijo de Dios», sobre la base de 2Sm 7,14 y Sal 2,7, formaba parte de la extendida expectación mesiánica de tipo monárquico. Por muy exaltadas que nos parezcan estas confesiones, están lógicamente determinadas por la propia cultura, religión e historia de Natanael.

Varios especialistas, considerando que la confesión de Natanael es una expresión de fe plenamente joánica, piensan que los vv. 50-51 constituyen un añadido a este cuarto día. Inicialmente, las palabras de Jesús se dirigen solamente a Natanael: «¿Crees porque te dije que te vi bajo la higuera? Verás cosas mayores que éstas» (v. 50). Esta es la primera vez que aparece el verbo «creer» desde el prólogo. Jesús pone en cuestión la razón por la que Natanael cree en él e indica que la visión de cosas más grandes seguirá a una forma diferente de fe. Natanael ha creído sobre la base del asombro que le había provocado que Jesús lo hubiera visto bajo la higuera, pero para ver cosas más grandes se requiere algo más.

¿Cuáles son estas cosas más grandes? ¿Qué más necesita el creyente para poder verlas? La respuesta a la primera de estas cuestiones se encuentra en el v. 51 y la respuesta a la segunda se halla en el centro de la sección titulada «De Caná a Caná» (2,1-4,54). Jesús reprendió solamente a Natanael (v. 50), pero en sus palabras posteriores (v. 51a) promete a todos los

discípulos la visión de cosas más grandes: «En verdad, en verdad os digo: veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del hombre» (v. 51bc).

Es necesario superar la expectación de «los judíos» (vv. 19-28) y de los discípulos. Es necesario tener una fe mucho más grande para poder ver cosas más grandes. En una concepción cosmológica en la que Dios se encuentra «arriba» y la tierra «abajo», la apertura de los cielos, sobre todo cuando se utiliza para su descripción la voz pasiva, promete *una comunicación entre Dios y la historia humana* (cf. Gn 7,11; Is 64,1; 24,18; Ez 1,1; Mc 1,10; Mt 3,16; Lc 3,21; Ap 4,1). Se crea el escenario para una «visión» que remite al relato del sueño de Jacob: Gn 28,12.16-17.

Los ángeles suben y bajan por el Hijo del hombre. El Hijo del hombre se convierte en «este lugar», «la puerta del cielo», donde puede encontrarse con toda seguridad la revelación de Dios. Las «cosas más grandes», que resultarán de la fe más grande, se relacionan con la visión de lo celestial en el Hijo del hombre.

.- A lo largo de los tres primeros días de la preparación remota para la donación de la gloria, de la *doxa*, hay varios personajes, que desconocen el prólogo (vv. 1-8) y el testimonio de Juan el Bautista (vv. 29-34), que suscitan la cuestión del Mesías esperado. El Bautista no consentirá que lo amolden a estas categorías (vv. 19-28). Tras oír que Jesús era el Cordero de Dios, los discípulos del Bautista abandonan a su anterior maestro y se unen a Jesús. Sin embargo, por mucho que se muevan geográficamente, estos primeros discípulos no pueden ir más allá de sus propias expectativas mesiánicas (vv. 35-42).

El último día, el primero de los tres días de preparación inmediata para la donación de la gloria, Jesús llama a un discípulo que comete el mismo error (vv. 43-45), aunque lo hubiera caracterizado por su falta de astucia (vv. 46-49). Las últimas palabras de Jesús en este día cuarto (vv. 50-51) se caracterizan por el vigor con que subrayan la necesidad de trascender las expectativas mesiánicas contemporáneas. No es suficiente una fe basada en los milagros, sino que se requiere algo más. Esta fe más grande capacitará a todos los discípulos para ver la revelación de lo divino en Jesús, el Hijo del hombre. La ubicación de estos «días» en el marco de la celebración de Pentecostés y la conmemoración del don de la gloria al «tercer día», suscitan la esperanza de que, tal vez, la visión de las «cosas más grandes» no esté demasiado lejos. Esta expectación se nutre mediante las palabras que siguen a 1,19-51: «Y al tercer día...» (2,1).